Document extrait du site de l'abbaye Notre-Dame de Scourmont, qui se trouve sur le territoire de Forges, à sept kilomètres au sud de la ville de Chimay, en Belgique. Notre-Dame de Scourmont est une abbaye de l'Ordre Cistercien de la Stricte Observance.

25 de diciembre de 2022 - Misa del día

Is 52:7-10; Heb 1:1-16; Juan 1:1-18

Homilía

Jesús de Nazaret es un migrante, hijo de un migrante.

Uno de los títulos que se le dio en la literatura cristiana de los primeros siglos es precisamente el de Forastero. Es el Forastero por excelencia. Es incluso un forastero en su propia casa, porque, como dice el Prólogo del Evangelio de Juan, vino a su propia gente y su propia gente no lo reconoció.

Y, si uno presta algo de atención, nos sorprende el número de migraciones que se mencionan en los primeros capítulos del Evangelio de Lucas.

Apenas embarazada de Jesús, María deja su Galilea y cruza apresuradamente las montañas de Judea para visitar a su prima Isabel, que está embarazada de seis meses, y luego regresa a Galilea. Unos meses más tarde, ya embarazada de varios meses, tuvo que cruzar de nuevo estas mismas montañas para ir a Belén en Judea, para responder a los caprichos del emperador romano, que quería hacer un censo de su reino y quería que todo el mundo fuera a registrarse en la ciudad de sus antepasados.

Tan pronto como nació Jesús, tuvo que huir a Egipto con sus padres para evitar ser asesinado por el paranoico y viejo rey Herodes. Cuando José regresa a Judea con su familia después de la muerte de Herodes, debe huir a Galilea porque Arquelao, el hijo de Herodes, es más peligroso que su padre. Por lo tanto, cada una de estas migraciones es causada por el capricho o la maldad de un hombre poderoso que aplasta a los débiles. Esto ha sido así durante miles de años y las migraciones de hoy en día también son causadas por las guerras que los poderosos luchan a espaldas de los débiles y los pequeños.

Ya en el Antiguo Testamento, la migración está en el corazón de la historia de Israel. Esta historia comienza en el momento en que Abraham recibe la orden de abandonar su país, su tierra, sus propios bienes, e irse a una tierra nueva y desconocida. Es cuando se establece en esta tierra que es visitado por Dios en forma de tres "extranjeros", tres migrantes de paso, que recibe en su tienda. Luego el Pueblo elegido experimentará el exilio en Egipto y será emigrante durante cuarenta años en el desierto antes de entrar en la Tierra Prometida.

Phoca PDF

Sin embargo, hay una migración de otro tipo, y mucho más importante. Esta migración es el objeto de la solemnidad de hoy. Es de la que habla San Juan cuando dice que la Palabra estaba en Dios y que la Palabra era Dios y se hizo carne. También es de la que habla San Pablo cuando nos dice que el Verbo habitaba en la plenitud de la divinidad, pero que se despojó de los atributos de su divinidad y se hizo obediente hasta la muerte, y la muerte de la cruz; y entonces el Padre lo exaltó.

Después de su muerte, Jesús regresó a su Padre, pero prometió a sus discípulos que volvería. Y de acuerdo con su gran discurso, que se nos reporta en el bello capítulo 25 de Mateo, el juicio que se hará sobre cada uno de nosotros será: "Yo era un extraño y me acogisteis" o "Yo era un extraño y no me acogisteis" ....

La Navidad no es simplemente el cumpleaños del pequeño Jesús. Es la fiesta de la humanidad de Dios. Es la fiesta del Hijo de Dios que se convirtió en un migrante para venir a nosotros. La encarnación no es simplemente la encarnación de Dios en un hombre, es el hecho de que toda la humanidad ha sido asumida por Dios. Y Jesús, que se identificó especialmente con todos los pequeños y débiles, y que conoció en su carne las dificultades de la migración, viene a nosotros a través de todos los migrantes que todavía hoy vienen a nosotros.

Si el capítulo 25 de Mateo ("Me has acogido... no me has acogido...") basta para hacernos temblar, escuchemos las palabras del evangelista Juan, el místico de mirada penetrante, que nos dice de nuevo en el prólogo de su Evangelio: "Vino a los suyos, y los suyos no lo recibieron... sino que a los que lo recibieron les dio ser hijos de Dios". »

En realidad, no hay salvación sin migración. No podemos salvarnos sin salir de nosotros mismos para ir al otro, con amor y misericordia, para permitir que Dios venga a nosotros y haga su hogar con nosotros. Porque, al final, no es sólo el Hijo de Dios quien se hace emigrante, sino también su Padre: "Si alguno me ama, dice Jesús, guardará mis mandamientos". Mi Padre lo amará, y nosotros iremos a él y haremos nuestra morada con él. »

Sí, Dios se hará emigrante para venir a nosotros, pero sólo con la condición de que, fieles a su mandato, nos abramos a todos sus hijos que vengan a nosotros.

Armand Veilleux

Phoca PDF